



Monasterio de Ripoll. Aspecto del claustro frente al pilar que contiene el relieve del Abad Ramón de Berga

Martirio y resurrección de una Basílica milenaria

Se cumplen setenta y cinco años de la restauración del Monasterio de Ripoll

La célebre sesión de 1811, el 1.º de julio, dejó resuelta la incorporación a la corona, de todas las jurisdicciones señoriales. En consecuencia, al primero del siguiente año, el Baile real de Ripoll, don Francisco Mas, despojaba al ilustre Abad don Andrés de Casaus y de Torres, de la soberanía que, en virtud de la munificencia condal, venían disfrutando sobre Ripoll y su término los abades por privilegio de Wifredo, en la segunda mitad del siglo nueve.

Los constitucionales del 1820 privaron de existencia legal a las órdenes religiosas, y en 1822, un comisionado del gobierno constitucional tomaba posesión del monasterio ripollés.

A pesar de tales contratiempos, los monjes anhelaban la terminación del templo, amenazado

de ruina por el poco acierto con que se habían intentado subsanar los estragos del terremoto del siglo XV. Según el parecer de los técnicos que tuvieron oportunidad de estudiar posteriormente las ruinas del monasterio, deberían haberse dedicado las obras a sustituir la bóveda ojival por otra de medio cañón al estilo de la construida en tiempo de Oliba. Mas no fue así. Esta nueva obra redujo a una nave las dos de cada lado de la nave central y reforzó las paredes exteriores con contrafuertes salientes hacia dentro de la iglesia. Dejaron así el total de la fábrica convertido en tres espaciosas naves, que fácilmente podían observarse después del desastre y también antes de empezarse las obras de restauración.

En 1830 celebróse nueva dedicación. En 9 de agosto de 1835 sobrevino la revolución que tan negra mancha debería inferir en los fastos de la historia ripollesa y del martirio del monasterio.

Profanación del monumento

Constituiría una larga tarea relatar, aun ligeramente, todos los pormenores de la destrucción del Monasterio de Ripoll. Recordemos sólo a las generaciones actuales que los venerables restos mortales fueron sacados de sus sepulcros y convertidos en un montón de escorias que osaban apenas contemplar, incluso, los amantes de las antiguas grandezas, transformadas ya en ruinas calcinadas y desérticas, en espera de ser otra vez acariciadas por mano amiga y con anhelos de que ser restituidas al lugar donde por siglos habían disfrutado de la quietud y penumbra gloriosa, con caricias de salmos benedictinos.

Pueblo y Monasterio yacían en la ruina. Había que rehacerlo todo. Comenzar de nuevo, pero partiendo de cero. Le era imposible a un pueblo arrasado reunir las piedras, para levantar otra vez el milenario monasterio, derribado por un crimen, que, si ha perdonado la caridad, no puede perdonar la Historia. Le era imposible también poblar este monasterio, que la imaginación acariciaba animado con las figuras venerandas de sus antiguos moradores y con el desfile de las preclaras sombras de condes y abades, bienhechores de nuestra tierra. Le fue, empero, dado evocar la obra colosal y sublime, que permitiría a las generaciones futuras venerar, bajo las atrevidas bóvedas de una verdadera basilica, el nombre inmortal del Abad-Obispo Oliba cuyos nobles hechos estarán grabados perpetuamente en todo su espacio.

Los restauradores de Santa María de Ripoll

Entonces surgieron unos hombres que pertenecían a una dinastía de amadores y protectores de la vida monasterial. El cenobio renacía muy lentamente de unas ruinas, pero la cooperación, buena voluntad y entusiasmo de ripolleses como los Raguer, los Pellicer, — sobre todo José María —, los Fontcuberta, de la nobleza catalana; los esposos Joaquín Prats y Carolina Cros y de todos los buenos ripolleses, evitó mayores ruinas y colaboró en la gran obra de restauración del monumento.

Nombróse una junta ripollesa que iniciase, con los 8.000 reales de que se disponía, las primeras operaciones. Los jóvenes de la villa se alistaron en la nueva sociedad «El Joyel de Wifredo», de la que era alma don Juan Poncio Deop y contábase con un periódico en que se reflejaban estos bellos ideales: «La Perla del Pirineo».

Invitados todos los vecinos a la limpieza de la nave central del templo, al momento de querer empezar trabajos de albañilería, acudieron, el 22 de febrero de 1863, presurosas al trabajo voluntario, 150 personas de uno y otro sexo y de diferentes edades, para despejar todos los montones de escombros de la terrible y desoladora ruina, de aquel amasijo de sillares recubiertos de

punzantes ortigas, hiedras y hojas mustias de veintiocho años de intemperie. En sólo dos días festivos, se limpió la mitad del trozo de los arcos superiores y la mitad de la nave central.

Las ansias de restauración aumentaban cada día y fueron mayormente estimuladas con motivo del descubrimiento e identificación de los sepulcros de los Condes.

Mas en el proceso dignificador del monasterio no sólo hallamos a un hombre, sino a unas familias, a todo un pueblo espiritual y a toda Cataluña que, a un millar de años, vivía a la sombra del cenobio de Ripoll alabando sus glorias y llorando sus desgracias, afligida ante un martirio tantas veces repetido.

El obispo Morgades

SACERDOT GRAN, QUE EN LA SEVA VIDA RESTAURÀ LA CASA DEL SENYOR, I EN SOS DIES FORTIFICA EL TEMPLE. (Eccli. cap. L, v. 1.).

La promoción del doctor don José Morgades y Gili a la silla episcopal de Vich, fue el buen augurio para Ripoll.

Pasaba, un día, por debajo de los arcos de la portada maravillosa, único fragmento que quedaba completo del templo del inmortal Oliba, su sucesor en la silla de Vich, y confesó tener grabada en su mente la gratísima impresión que le produjo una visita a aquella bellísima portada, y, en consecuencia, tuvo a honra contribuir por su parte a la restauración inmediata de la basilica ripollesa. El, que tantas veces había percibido en su espíritu, abierto a todo lo bello y a todo lo grande, la dulce y grave armonía que en todo corazón sensible despiertan aquellas figuras de piedra, descritas por nuestro Verdàguer en las frescas y lozanas páginas de su «Canigó», resolvió, con aquella firmeza que le caracterizaba, alzar de nuevo las paredes del Santuario de Santa María de Ripoll.

El Obispo taumaturgo, recibe del Estado — 9 noviembre 1885 —, el ruinoso (pero no ya andrajoso), templo del Monasterio. Cuatro trozos de pared, con obligación de restaurarlo y convertirlo otra vez en parroquial, por ser claramente insuficiente el viejo edificio de San Pedro. Antes de fin del mismo año, el prelado tomó posesión oficial de las ruinas.

La primera visita del nuevo propietario, aconteció el 1.º de marzo de 1886. Le acompañaban los señores Elías Rogent y José Artigas, llevando en su mano los planos y dibujos del primero, facilitados por la Academia de Bellas Artes de Barcelona, que los tenía aprobados por unanimidad de su junta desde abril de 1870. Y por si faltasen aún estímulos a la anhelosa mano del prelado sucesor de Oliba, en la mitra de Vich y en la reconstrucción de Ripoll, recibe, al cabo de trece días, del Papa León XIII, una carta alentadora junto con su bendición más efusiva.



«RESTAURACIO QUE MOLT LLOABLEMENT EMPRENGUERES, FELIÇMENT HAS DEIXAT ACABADA».

El ilustre purpurado no descansa. De Morgades podría decirse que fue un maestro del ascetismo del trabajo y aquel cuerpo, a fuerza de fatigas, llegó a semejarse, no a carne, sino a bronce.

El 21 de marzo — fiesta de San Benito y primer día de primavera, todo a propósito para la

resurrección de una obra benedictina —, se inicia el comienzo de la restauración. La solemnidad presenta matices dispares.

En el ábside despejado y abierto por una brecha, hay colocado un pequeño altar con la imagen de San Benito. A sus lados los sarcófagos de Wifredo el Velloso y de su hijo Rodulfo, iniciales protectores de la abadía. Cuando sus huesos ilustres, contenidos en dos cajas, fueron, al compás del miserere, paseados en procesión ex-

piatoria por las principales calles de la villa, parecía que aquellos mortales despojos, se estremecían, conmovidos por un movimiento de complacencia en favor de aquella generación.

Era el nacimiento de unas flores en un cementerio.

Aquellos que asistieron a esta inauguración de las obras de reconstrucción, presenciaron otra ceremonia igualmente emotiva. Después que el prelado celebrara este oficio solemne, conocido en Ripoll por «Missa de les Ruines», siguió el renacimiento y rehabilitación de una de las páginas de gloria del monasterio expuestas por el historiador, el arquitecto y el poeta, esto es; Pellicer, Rogent y Verdaguer. No báculo, sino trípode de un obispo.

El primero presentó la restauración como justa reparación de la iniquidad de 1835 y trató el asunto con todo detalle histórico y además como cosa íntima. La elocuencia del señor Rogent, plano en mano, significó con su cabeza de artista, la importancia de la cuna arquitectónica y sus bellezas y expuso planes técnicos de la mayor consideración. Finalmente un público entusiasta escuchó la sincomparables sextinas del canto oncenario de «CANIGO», que valieron para Verdaguer la corona de laurel y las frases del mismo Morgades: «Vos coronó en nom de Catalunya». Así quedó señalada la importancia y significación que para Cataluña, tenía la empresa que con tan buenos auspicios empezaba.

El gesto de Morgades fue muy importante, porque con esa su actividad infatigable hizo brotar recursos y apoyos para la gran obra. Ni un asomo de desaliento quebrantó un momento su indomable constancia, alternando con sus tareas apostólicas, los cuidados minuciosos que requería la interpretación artística del más típico monumento de la época. Pero Pellicer salvó el monumento nacional. Pellicer y sus hermanos, el clan de los amorosos del cenobio, tuvieron que luchar denodadamente con los «antimonasteriales» que los había a cientos. El grupo restaurador realizó bajo graves problemas las obras de 1879-1881. La intervención de Morgades cabe calificarla de decisiva, pero sin la labor de los Pellicer, la restauración del monasterio no hubiera podido realizarse, pues el prelado sólo hubiera hallado un informe amasijo de piedras y escombros.

En este sentido la gloria de José María Pellicer y Pagés, es también altísima y reconocida por el propio Morgades de puño y letra, como el adelantado de su propia obra restauradora.

HABLAN LAS PIEDRAS DEL DESAGRAVIO

Más de diez años duró la obra activa del nuevo templo. Siete de ellos (1886-1893) en obra gigante de levantar paredes, de dar vida a una enorme calavera bajo la dirección del inmortal Obispo, que a sus preexcelsas dotes de sabio canonista y profundo conocedor de los resortes,

por que se rigen los negocios de la humana política, aunaba la envidiable cualidad de serle familiar el conocimiento de las leyes de la armonía y del estilo, como lo acreditan sus escritos metrificados, que han merecido los elogios de desapasionados críticos.

Llega la fecha inaugural. Es el primero de julio de 1893.

Morgades había coronado su obra. Pellicer había publicado su última obra histórica dedicada al milenario de la primera consagración del cenobio. Parte también de gloria es compartida entre los arquitectos Rogent y Artigas, que con tino adivinaron los rasgos artísticos esparcidos entre escombros y supieron hallar en su imaginación artística, fecundada por sus conocimientos arqueológicos, la manera adecuada de hacer surgir, en toda su propiedad y pureza, la antigua basílica, tal como la concibió y realizó el hermano de Tallaferró. Y no escasa le corresponde también al ripollés don Juan Martí Font, que puesto al frente de las obras, presidió la confección monasterial en sus menores detalles, amor a la idea y pericia del acierto en su ejecución y con un cariño e inteligencia poco comunes logró felizmente juntar una actividad prodigiosa, que dio por resultado que los trabajos materiales llegasen con maestría a su cima.

JAM LAETUS MORIAR - (Genes. XLVI - 30)

«Ja moriré content. Content moriré...». Y nuestro obispo restaurador murió en Barcelona el 8 de enero de 1901 y sus restos llevados a Ripoll en 1909 e inhumados en una gran tumba a ras del suelo al principio de la nave central de su monasterio. La efigie simbólica a los pies de Santa María, recordará a perpetuidad la victoria del monumento, dando a conocer en su grandiosidad sobria, correspondiente a su carácter románico, la rica espontaneidad con que el arte arquitectónico otra vez brillará, en testimonio de la ceremonia de dedicación acordada el 15 de enero de 1032. Otro día memorable en los fastos de la historia ripolllesa. Con fervor rogaría a la Virgen del Pirene todo un pueblo postrado ante su trono, en el punto culminante y céntrico de los siete ábsides, que coronaban la naciente iglesia alzada por Oliba. Obra maestra que forma, sin duda, el timbre mayor de grandeza, el legado más querido que transmitió a la posteridad, el testimonio más preciado del valor de su actividad, ejercida siempre en pro de todas las nobles causas que entraban como factores en el progreso de su época. Donde cenizas de condes y abades han estado tumuladas en magna solemnidad funeraria y a las que Morgades devuelve su honorífica sepultura, bajo un clamor de plegaria, de gloria, de homenaje.

Habían transcurrido cincuenta y ocho años para endulzar y hacer desaparecer los destrozos del delirio.

Ripoll resucitaba de entre sus cenizas.

JUAN PRAT COLOMER